

¿Cómo vive una Delegación de Migraciones la realidad de frontera?

La vivimos ciertamente. La realidad de frontera nos toca la vida cada día, en cada encuentro, en cada demanda de ayuda, en cada confirmación de rechazo —por ser negro— de trabajo, de vivienda, de atención.

Vivimos en continua confrontación, sobresalto desde la Palabra de Dios y nuestra propia conciencia humana en lucha con las propias debilidades personales; y como Delegación, la desproporción entre lo que podemos hacer y la complejidad y magnitud de esta realidad.

En continua confrontación y sobresalto desde la Palabra de Dios, que nos pregunta: «¿dónde está tu hermano?». Eso no se olvida. Pero yo tengo una casa, una mesa, un trabajo, descanso, familia, amistades, dignidad, respeto de la gente... Cada uno tenemos todo esto. Y la pregunta sigue cada mañana: ¿dónde está tu hermano? No podemos vivir en la angustia; pero ¡cuidado! con que la sensibilidad se acostumbre y se adormezca.

La Delegación está bien organizada, tiene los ámbitos de respuesta que se necesitan. Área Social: lo primero, una mesa, un techo, una salud vigilada; Área Pastoral: que sostenga la fe, que multiplique la esperanza evangélica, que no renuncie a la caridad, pese a todas las formas de injusticia; Área de Sensibilización: que rompa tabúes, que evidencie las trampas de nuestro sistema perverso, que presente alternativas a los medios de comunicación comprados y vendidos, que señale la dignidad del “negro”, su libertad, su valía.

Sin embargo, vivimos la frustración continua de la debilidad, del cordero frente al lobo. Es la imposibilidad de dar respuesta correspondiente a la magnitud de dolor, a la magnitud de este crimen organizado, a la magnitud de la indiferencia de la sociedad, a la magnitud del cinismo de los gobiernos del norte y del sur.

Vivimos el asombro entre la información cercana siempre dura y tensa frente a las noticias de prensa o TV, hábiles para justificar la cínica legislación de estas fronteras, y mudas para denunciar la barbarie, el salvajismo, la crueldad de los medios empleados para impedir el paso a estos “pobres”, indeseados.

La vivimos conscientes de toda la complejidad de cada persona: tocamos cada día la preocupación de la familia abandonada; el deterioro de la propia dignidad sometida al desprecio, a la indignancia pública; la indignación del rechazo ante cualquier solicitud de trabajo, por ser negro; la imposibilidad de un contrato de alquiler, por ser negro; la duda sobre su honestidad, su valía, su educación... por ser negro.

Estas fronteras, estas, clasifican a las personas en «legales e ilegales», las hacen acreedoras al título de delincuentes; despojan a la persona de su propia libertad y del derecho a ella; matan sueños legítimos y necesarios, matan la esperanza, matan la vida.

Estas son las fronteras territoriales, pero aún están las mentales, más herméticas e irracionales, causa de la progresión ascendente del crimen de estas fronteras terrestres.

La Delegación de Migraciones de la diócesis de Tánger vive entre la frontera sur europea y la frontera norte africana; vivimos en el «Estrecho», en las «vallas», en las

deportaciones al desierto. Aquí están nuestros pies y aquí está nuestro corazón. Aquí, cada día acogemos a nuevos hermanos y hermanas que llegan cordiales, alegres, esperanzados, con el rostro sonriente, el aspecto limpio y el cuerpo bien configurado, la mirada abierta y confiada, el diálogo respetuoso sin servilismo, con dignidad.

Primero es la relación superficial de un saludo, pero cuando nos adentramos en su comunicación, en conversación profunda, algo cambia el rostro; no se pierde la sonrisa, pero esta es un tanto dolorosa: la familia es un recuerdo que se va alejando en el tiempo, el futuro en una ilusión que también se aleja; el presente: ¿qué es, sin trabajo, sin casa, sin palabra, sin escucha, sin legalidad, que es como haber dejado de ser persona? Sin embargo, la dignidad se mantiene. Esto es increíble, absolutamente increíble.

¿Qué nos sostiene? Porque vivimos alegres, contentos en este servicio del reino de Dios. Pues esto nos sostiene:

«Que ama Dios lo pequeño y es amigo de los que no cuentan. Y no queremos nosotros, por orgullo o vanidad, apartarnos de esa condición, la única en la que el Señor nos visita para nuestra salvación.

Humilde es la casa, la comunidad creyente- en la que recibimos. Somos aquí extranjeros y peregrinos; somos apenas unos pocos cristianos perdidos entre un pueblo musulmán que, cada día por cinco veces, a través de la oración del mohecí, vuelve sus ojos al Dios Creador, Padre de Jesucristo.

Se puede decir que somos un puñado de arena dispersa sobre las dunas de un desierto. Somos tan pocos que pudiera parecer que ni siquiera somos. Y, sin embargo, a todos aquellos a quienes servimos algo les llega de la Buena Noticia del amor que Dios les tiene.

Somos pocos, pero en esta casa, en el corazón de esta Iglesia, caben hombres y mujeres de toda procedencia, de toda cultura, de toda religión, de toda condición social. ¡Cabén todos! Y entran todos los que quieren.

Si es humilde la casa, humilde ha de ser quien en ella recibe. Esta es nuestra fuerza, nuestra alegría, nuestra paz: la seguridad de que «en la debilidad se manifiesta su gloria, su fuerza».

Humilde ha de ser también el encuentro con los necesitados, pues no somos respuesta a sus preguntas ni solución a sus problemas, sino apenas un signo del amor de Dios. No somos poderosos, ni ricos, ni grandes. Somos solo pobres que comparten con otros pobres lo que tienen»¹.

El Equipo Diocesano de Migraciones de la diócesis de Tánger

¹ Entresacado del *Plan Diocesano de Migraciones*. Apartado de la presentación de Santiago Agrelo.